

INTRODUCCIÓN

LA SERPENTÍNICA Ú

Valerie Miles

Cuando proyectábamos este número sobre la literatura contemporánea del Perú, el asediado gobierno de Pedro Castillo estaba en el poder y la ciudad de Arequipa se preparaba para acoger el Congreso Internacional de la Lengua Española. Al cierre de esta edición, Pedro Castillo está preso tras un intento de golpe a las instituciones, Dina Boluarte es ahora presidenta, no se ha fijado una fecha de elecciones generales y se ha desatado una profunda crisis social y política. El curso que seguirá es aún incierto, aunque la violenta respuesta del Estado ha exacerbado el conflicto, cobrándose la vida de al menos cincuenta manifestantes. Trágicamente, dieciocho de ellos fueron asesinados en un solo día en Juliaca, al sur, cerca del lago Titicaca. Y diez más en Ayacucho, en la Sierra Central, pocos días después. Amnistía Internacional ha denunciado ataques generalizados contra la población y la criminalización, ya endémica, de las comunidades indígenas y campesinas.

Centenares de militares y policías tomaron violentamente la decana Universidad de San Marcos. Detuvieron a cientos de personas que pernoctaban allí tras las marchas en Lima, la mayoría de las cuales eran campesinos y estudiantes que volvían a sus casas. Una intervención semejante, con tanque y helicóptero, no había ocurrido desde la autocracia de Fujimori. Me mantuve allí gracias a mensajes de Miluska Benavides y Joseph Zárate, que estaban allí, y por un tuit ominoso que envió el fotógrafo documental Omar Lucas, *in medias res*. Durante largas horas nada se supo de sus familiares juliaqueños, allí detenidos e incommunicados. El fotorreportaje de Joseph y Omar en estas páginas contextualiza cabalmente el horror que eso suscita, y Lurgio Gavilán recuerda lo que se siente al ser llamado «serrano de mierda, terruco de mierda».

Perú es una heterotopía, contiene multitudes. Este número resiste la noción del arte y la literatura como formas del entretenimiento en un mundo frívolo, y apela a su urgencia, a su capacidad de describir y ordenar una realidad caótica y acceder a verdades más profundas. La literatura nace del conflicto, porque somos conflicto. De la necesidad de describir lo inapelable, lo que no entendemos, lo que no deberíamos entender nunca. Y de los poderes mágicos de la imaginación, de su función proyectiva: todas las religiones la emplean en

la oración, la contemplación, en esa cosa famosa que se llama la fe. Paz, decimos. Y de pronto un haz de luz es una posibilidad. Y amor, único lugar seguro, esa fuerza que permite sobrellevar la barbarie. De allí los escritos de José Carlos Agüero y Rosa Chávez Yacila. Así reza la cubierta-amuleto del Elliot Tupac: *ágape*. Tan esencial como el pan. Y preguntamos: ¿Qué historias se cuentan en Perú hoy? En retrospectiva, si testimoniamos el presente, ¿qué nos puede decir del futuro? Como dijo el poeta: ¿Cuál es el traje que vestí mañana?

Abrimos el número pensando en Vallejo y su andar por los trapecios, de mito en mito; toda la inestabilidad del tiempo contante. Estamos en el desierto imaginado, telúrico, vivo. «Cuántos secretos habría escondido la tierra y con cuánta curiosidad combatirá el viento a diario con la intención de recuperarlas», escribe Carlos Yushimito. Estamos en la selva, la sierra, entramos en la casa de un mundo magnético, en lenguas originarias como el quechua, el shipibo-konibo y el wampis: Dina Ananco comparte su *anen*, un canto sagrado de melodías hipnóticas, Ch'aska Anka advierte del ojo invertido de las mujeres sepultadas por la violencia. Ojo. Luna, dado eterno, se ha puesto el gallo incierto. Inin Rono observa que no hay papel que soporte un cuento milenario. Exploramos el saber de la celebrada cocina peruana. La afro-peruana con Mónica Carrillo y Lucía Charún, la chifa con Julia Wong. «Advertencia – escribe Enrique Planas –, no se habla de gastronomía frente a un peruano. Solemos convertirnos en argentinos hablando del fútbol». Gastón Acurio se remonta a los años setenta, cuando «una dictadura militar intentaba hacernos creer cada día que eran ellos los guardianes de nuestras ideas y sueños». Descubrió su amor por el cebiche gracias a una ola campana del Pacífico: «el mar sabe a algas, moluscos, plancton, arena y sal».

«¡Alejarse! ¡Quedarse! ¡Volver! ¡Partir!». Entramos en la capital y partimos con la diáspora: con un inédito de Patricia de Souza, peregrina en la noche continua, y nos deslizamos por narrativas telescópicas hasta llegar al joven Giancarlo Poma, que se enfrenta al gran padre Vargas Llosa, el ojo que mira el diorama del poderoso drama que prosigue.

Me detuve en una imagen de *Trilce*: la «serpentínica u». La serpiente, poderoso símbolo universal. Cuando se come la cola y se vuelve uróboro, es el ciclo eterno. La que entra en el subsuelo y en la cosmovisión andina expresa el poder regenerador del inframundo. Su piel inspira las representaciones geométricas en el arte shipibo. Perú lleva esa serpentínica ú en su nombre. Que se mueve como los ríos. Se regenera. Y la pantalla se desvanece. El viento sopla y la arena. ¿Dónde estoy?